

SUMARIO

Imagen del Amor Hermoso (fotografado). — Ante el mes de Maria. Se necesitan flores, por *Fr. Gonzalo de Benejama*. — El supremo bien, por *X.* — Maria, nuestra abogada, por *Fr. Eliseo del Ssmo., O. C. D.* — El amor de Dios en la oración litúrgica, por *Alfonso M. Gubianas, O. S. B.* — Teatros y cines, por *E. Ab. il.* — Para mis pequeños lectores, por *Maria de Echarri*. — Nuestra Señora del Pilar y el Apóstol Santiago, por *don Luis de Zavala*. — De la acción católica en el mundo. Ideas, hechos y números de la Argentina, por *J. Polo Benito*. — Pinceladas Marianas, por *Fr. Andrés de Ocerín-Jáuregui*. — Práctica piadosa expiatoria mariana. — Estampa campesina. ¡Pobre pan, pobre pan!, por *Antonio Reyes Fuertes*. — Las ideas, por *Alfonso de Casteln*. — Desde Nueva York. Voluntariamente derrotados, por *Marcial Rossell*. — La campaña contra el cine inmoral por *J. Encise*.



AÑO XIII

NÚMERO 140

Córdoba y Abril de 1935

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6



El vigor y pujanza del antiguo gladiador puede adquirirse con el famoso Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Si usted carece de apetito y siente envejecimiento prematuro, tome este enérgico reconstituyente, aprobado por la Academia de Medicina para combatir con éxito seguro:

**INAPETENCIA
NEURASTENIA
DESNUTRICION
AGOTAMIENTO**

Puede tomarlo en todas las épocas del año, pues es inalterable.

No se vende a granel.

LAXANTE SALUD

El más suave y eficaz contra estreñimiento y bilis.

Grageas en cajitas. Pídase en farmacias.

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Pesetas		Pesetas
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra 'del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta, en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santísima Virgen

AÑO XIII

CÓRDOBA Y ABRIL DE 1935

Núm 140



Imagen del Amor Hermoso
que se venera en la iglesia del Hos-
picio, antiguo convento de la Merced,
a quien las Hermanas y acogidas de-
dicán el mes de Mayo

Ante el mes de María

Se necesitan flores

Así hablaba un celoso ermitaño, yendo de casa en casa, en busca de flores, para adornar el altar de la Santísima Virgen. «Estamos en Mayo—decía—y no es justo ni decoroso que, pudiendo, como podemos, esté sin muchas flores en el altar la que es Reina de todas ellas». Y con tal insistencia las pedía, hablaba a su modo, con tanta elocuencia de la necesidad de poner muchas flores a las plantas de la Virgen, que ciertamente lograba convertir la ermita toda en un vistoso jardín, entre cuyas flores descollaba María, la Madre y Reina de la belleza.

Tarea muy digna de alabanza es ésta. En nada mejor pueden emplearse las flores que en adornar los altares de Nuestra Señora. Es la Santa Madre de Dios resumen y cifra de todas las bellezas del universo. En el corazón de Ella ha encerrado el Omnipotente los más delicados aromas con los que el mundo espiritual queda saturado para formar, al concrecionarse aquéllos, las virtudes que brillan en los humanos corazones. Jardín de Dios, paraíso de la Trinidad Santísima, huerto cerrado, flor de las flores llaman los santos a María. Flor tan pura, tan santa, tan divinamente bella, que ha sido digna de encerrar en su virginal tálamo al fruto divino, Cristo Jesús. Y siendo las flores la expresión más clara de la vida y hermosura de la naturaleza, como realidad y como símbolo, están muy en su sitio cuando en los altares de María las colocamos.

¿Quién duda que semejante obsequio es altamente agradable a la Santísima Virgen? Sin embargo, la Santa Madre de Dios, si es Reina de las flo-

res, es, sobre todo, Reina de las virtudes; y por tanto, con preferencia al homenaje de aquéllas, hemos de honrarla con éstas. Entonces, y solamente entonces, tributamos a María un digno y completo homenaje, cuando en nuestros corazones cultivamos las virtudes, y vamos con ellas a las plantas de nuestra Reina en reconocimiento de amor y de vasallaje.

Y es este mes y son los tiempos actuales los más apropiados para semejante cordial tributo. En primer lugar, porque la Iglesia ha señalado de modo particular, el mes de Mayo para que los cristianos se recreen y alimenten y fortalezcan en la contemplación e imitación de las virtudes de la excelsa Virgen, que es pura, inmaculada y santísima. ¡Cómo se deleita el alma, cómo se fortalece la voluntad en la meditación de las grandezas de María que de mil maneras se evocan durante este mes en todas nuestras iglesias y en casi todos los hogares cristianos! Pues en justa recompensa, debemos ofrendar a la Señora las únicas flores que no se marchitan, esto es, las virtudes de nuestro corazón, en cuya vida y lozanía tan decisiva influencia ha ejercido María.

Aparte de esto, el crudo invierno que ha invadido al mundo en el que tanto han padecido las almas, exige un redoblado esfuerzo en los que se precian de fieles para reparar los daños que las embestidas de la revolución han ocasionado. En primer lugar, se ha ultrajado a Dios con inauditas proezas y se ha hecho alarde de menospreciar sus sacrosantas leyes; se ha ofendido a la Virgen Madre de Dios, cuyas imágenes han sido horriblemente mutiladas y destrozadas. Y como lo que pretende el infierno es acabar con el reinado de Jesús y de María en los corazones, y en éstos reinan Jesús y María por el amor, por la pureza, por la humildad, y en general por las virtudes, todas las energías

infernales han dirigido sus ataques para socavar y derribar, a la virtud en general, y de un modo concreto a todo lo que signifique amor santo, pureza evangélica, humildad cristiana.

Es horroroso el espectáculo que ofrece la sociedad actual destrozada por el odio, asquerosamente invadida por la pornografía y víctima de fulminantes ataques de soberbia. Pueden calcularse los estragos materiales producidos en una comarca por los elementos desencadenados. Los daños morales ocasionados por el genio del mal en las conciencias nadie los puede ponderar. Por las calles rueda vilmente destrozada la inocencia de miles de niños; hecho girones aparece, aun en el sagrado del hogar el pudor de las doncellas. Sobre todo, y lo más sensible en esta general catástrofe, ¡cómo ha quedado lesionado y casi anulado el sentido religioso!

Hay, pues, que reparar semejantes destrozos. Hay que contrarrestar con celestiales aromas las pútridas emanaciones que han invadido hasta la saturación, el ambiente moral de la sociedad. ¿Cómo? Con virtudes, que son las flores del mundo sobrenatural. A los cristianos toca cultivarlas con esmero, reunir las con diligencia y depositarlas con fervor de verdaderos devotos a las plantas de la Santísima Virgen, para que Ella les dé eficacia y puedan, no sólo embellecer, sino salvar al mundo.

Hacen falta flores: la humildad, que nos convierta en genuinos imitadores de Cristo y de la Virgen que se llamó «Esclava del Señor»; la caridad cuyo fuego derrite los corazones para hacer de todos ellos uno solo y con éste amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo; la pureza que limpie las conciencias y las aleje de los focos de inmundicia: cines, teatros y demás letrinescos lugares, y haga imposible la propaganda de tantas asquerosidades como se exhibe y

se vende en kioscos y librerías audaces; la fe intrépida, valiente, que salga por los fueros de la verdad evangélica allí donde se la desprecie y conculque. Estas flores hacen falta, que, lejos de marchitarse y deshojarse, son causa de exquisitos frutos de vida eterna.

Y ¿qué duda cabe que es a nosotros, esclavos de María, a quienes incumbe mayor obligación de aportar estas flores para adornar con ellas los altares de Nuestra Señora? No olvidemos que la verdadera devoción a la Virgen ha de preparar en las almas el reinado de Jesucristo. Y la verdadera devoción a María consiste en la imitación de sus virtudes y en la práctica constante de las mismas. Por tanto, quien se precie de buen esclavo de verdadero devoto de la Reina de las virtudes, que la obsequie ofrendándole, dentro y fuera de las iglesias, más fuera que es donde más falta hace, con la práctica de las virtudes cristianas. Las flores embellecen; las virtudes divinizan; las flores deleitan con sus colores y con sus perfumes; las virtudes transforman a los hombres en ángeles; con las flores adornamos los altares de nuestros templos; con las virtudes edificamos y sostenemos y adornamos en nuestras almas, que son templos del Espíritu Santo, el altar y el trono donde reina y es venerada María.

Y estas flores, las virtudes, son las que hacen falta en Mayo y en los azarosos tiempos que padecemos para gloria de Dios y de su Madre Santísima, para bien de nuestra alma y para salvación del mundo.

FR. GONZALO DE BENEJAMA.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

El supremo bien

—=—

La independencia de la Iglesia

Volvemos otra vez sobre el importantísimo tema de la libertad e independencia de la Iglesia. Lo han puesto de relieve acontecimientos de orden internacional, en que partidos distintos, esgrimiendo argumentos derivados del orden religioso, pretendían inclinar los unos oficialmente a la Iglesia de un lado y preparaban los otros nuevos ataques a la omnipotencia de Roma, inficcionada—así lo dicen frecuentemente—de todas las taras propias de su origen judío, y lejos, por tanto, de la pureza que las razas nórdicas ostentan.

Cualquier movimiento de la Iglesia es cautelosamente espiado e interpretado según la propia ideología política, menoscabando ciertamente la autoridad propia de la Iglesia, que en su independencia tiene la mejor manera de proseguir en su obra salvadora de todos los valores naturales y sobrenaturales confiados, por Dios y los destinos de la historia, a su ciudadano.

Afortunadamente, la Iglesia, que pulsa perfectamente los diversos movimientos del mundo, ha sabido adoptar en todo caso, y en estos últimos especialmente, una posición tan diáfana, que no cabe tacharla de parcial en ninguno, ni desde los retorcidos puntos de mira de las cancillerías.

Solamente el herético grupo de la Acción Francesa se cree en el caso de no cejar en su campaña de continua difamación, alentando a los que creen llegar al extremo del heroísmo rechazando con pertinacia hasta los últimos sacramentos y dejando que su entierro no sea presidido por la cruz parroquial y su elogio pase a las columnas del diario condenado por el Papa, en la sección significativa y malevolamente apellidada «Sous la Terreur».

Queda aún por hacer un estudio de conjunto sobre la historia contemporánea de la Iglesia, que brindamos a los intelectuales católicos. Tal estudio pondría de manifiesto el empeño decidido de todos los Pontífices modernos de mantener libre a la Iglesia de las vicisitudes de los cambios políticos.

Con insistencia impresionante el propio Pío XI, hablando a un grupo de intelectuales que comenzaban en Roma las Jornadas Nacionales de Cultura decía que, con la historia de la humanidad, debía cultivarse como disciplina particular la historia de la Iglesia, y dentro de ella «la historia del Papado, que es la espina dorsal de la historia de la Iglesia».

Desde el primer documento de León XIII hasta los artículos concordatarios de juramento de fidelidad a los diversos regímenes de Europa, la trayectoria es la misma: siempre se trata de poner a cubierto el mismo bien. En 1878 el Cardenal Guibert, Arzobispo de París, glosaba las principales ideas del pensamiento dominante del propio Papa en una célebre circular que llamó la atención de toda Europa.

«La Iglesia—decía en ella—deja al arbitrio de los pueblos y de los soberanos las formas de gobierno, las leyes que regulan los intereses temporales. Su misión es enseñar y mantener las verdades religiosas, que son el fundamento necesario de todo orden social».

En virtud de este principio y sin prejuzgar para nada las cuestiones accidentales de forma, hay nada menos que siete Estados europeos que tienen estipulado el juramento de fidelidad «sicut decet episcopum» a sus naciones respectivas.

Alemania, la de Hitler y Checoslovaquia, Letonia y Lituania, Italia, Polonia y Rumania han llegado a determinar de común acuerdo con la Iglesia hasta la fórmula de ese juramento que escandalizó—al tratarse de Alemania

—a toda la Prensa anticatólica de Francia, a cuya cabeza iban Blum, Herriot y Maurras.

Los canonistas más recientes han hecho notar que la sustancia de esas fórmulas se encuentra en el corazón mismo de la Edad Media, cuando los Pontífices, en medio de aquellos pueblos, que la Iglesia había civilizado, parecían ejercer todo el esplendor de su poder sin límites.

No encadena la libertad de la Iglesia esta cláusula, cuya fuerza parece realmente inhibitoria. La prueba fehaciente de esto se halla en la actitud de los Obispos alemanes ante el predominio agresivo de los paganizantes discípulos de Rosenberg, apoyados entonces y ahora por el mismo poder oficial.

La Santa Sede condenó sus libros. Los Obispos alemanes protestaron de la violencia injusta que se les hacía. El Papa alentó públicamente a los peregrinos alemanes que, en medio de la persecución, llagaban hasta Roma a visitar al Padre común. La Iglesia sin crear dificultades de orden político al Poder nacional socialista, seguía cumpliendo con su deber de maestra suprema y defensora de los derechos imprescriptibles de los católicos.

Está, pues, donde estaba en otros tiempos, porque su naturaleza no ha variado. En los continuos cambios políticos ha querido extremar sus precauciones y quitar todo pretexto para el ataque.

La Iglesia declara en fin, que el bien máspreciado que ha de defender es su absoluta independencia.

X.

María, nuestra abogada

María no puede ser separada de Jesús porque Ella, como Madre del Verbo encarnado, tiene un lugar especialísimo en la dispensación divina res-

pecto de los hombres. Si Jesús es nuestro Mediador con el Padre, María es nuestra Mediadora con su Hijo divino. Nadie puede honrar y amar con toda la efusión de su alma a Jesús sin que ame, honre y venera a su Madre. La Maternidad divina de María es la raíz de todas sus prerrogativas, y de esta privilegiada posición usa Ella siempre en favor de sus hijos del mundo.

La Maternidad divina hace a la Madre de Dios Señora y Corredentora de los hombres, y también la hace Co-Mediadora, por su situación de privilegio entre Dios y los hombres y por sus funciones admirables entre los dos extremos de su mediación.

La Virgen es una flor del gran árbol de la familia humana; debe su ser a la misma raíz, su jugo al mismo tronco, su savia a las mismas ramas en que nacen otras flores, y su vida, por fin, al conjunto del mismo árbol. Es su naturaleza la misma que la de los demás hombres, y por consiguiente está en relación con ellos; no ha sido envenenada con el virus de la culpa, que la naturaleza humana lleva en su propagación como un castigo, y se aleja de ellos. Es su inocencia y su gracia tan sublime, que la pone en contacto con la santidad de Dios; pero esa inocencia y gracia residen en un alma humana, y eso la pone en contacto con los hombres, quienes serán también santos, aunque no lleguen jamás, ni al primer grado de santidad; mas la aleja de Dios, cuya santidad infinita no puede compararse la suya por grande e inefable que sea.

Esto nos declara el destino temporal para que Dios tenía predestinada a la Virgen. Como estrechamente unida a Dios tiene sus intereses muy adentro de su corazón, los hace suyos propios, son el riquísimo tesoro que Dios le confió al llamarla a participar de su paternidad divina, al entregarle a su propio Hijo, y esto con el fin de que

dándosele a los hombres, sus hermanos por naturaleza, los ganara todos para Dios. Ganar a los hombres para Dios significa que todos lo conozcan, lo amen, lo adoren. También el Hijo tiene interés muy elevados en esas criaturas, porque son ellas el patrimonio que le dió el Padre, patrimonio que estaba en ruinas por la apostasía del primer hombre, y debe restaurarlo bañando y hermoheando a los hombres con los raudales de su Sangre Preciosísima: esa Sangre purísima y sin mancha la recibió Jesús de su castísima e Inmaculada Madre María.

«Cuando llegó la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, formado de mujer, sometido a la ley, para que pudiésemos recibir la adopción de hijos de Dios». (Gal. IV, 4, 5). Somos hijos de Dios, porque el Hijo de Dios por naturaleza, por condescendencia maravillosa se hizo hijo del hombre, a fin de que nosotros, que somos hijos del hombre por naturaleza, viniésemos a ser hijos de Dios por la gracia. Es decir, que Jesús, Hijo único de Dios en cuanto es el Verbo de Dios, consustancial con El e igual a El, ha difundido la vida de Dios entre los hombres cuya carne tomó, quedando por ello constituido en hijo mayor de la humanidad divinizada.

¿Cómo se realizaron todos estos planes admirables de la divina Providencia? Fué preciso que el Hijo de Dios empezara a ser Hijo de María, encerrándose en el seno virginal, y de este modo uniéndose dos naturalezas, inmortal una, mortal la otra, a una misma persona divina, muriera la naturaleza humana y mereciera la redención del hombre, dando la persona divina a este merecimiento valor infinito.

¿Que intervención tiene en todo esto la Virgen? Dió su consentimiento; sin su voluntad el misterio de la Encarnación no se hubiera realizado; cuando pronunció aquellas palabras: «Hágase en mí según tu palabra», la

Encarnación y la Redención fueron un hecho. Entonces fué hecha no solo Madre de Dios sino madre también de todos los que eran predestinados para hijos de Dios.

Mucho la enaltece a María el imperio sobre los ángeles, su dominio en cielos y tierra, el temor que inspira al infierno; pero el ser madre de los predestinados es la gran gloria de María. Nadie es predestinado, que no tenga que darla gracias: nadie entra en el cielo sin que le haya dado María la mano.

El valor de la mediación de María nos da el valor de liberación con respecto al hombre. Mediación es reconciliación, es satisfacción, es unión con Dios. Todo lo que hace con nosotros la mediación de Jesús, a quien Dios siempre oye, lo hace la mediación de María ante Jesús, que no puede dejar de oír la plegaria de su Madre. A Jesús el Padre oye «por su reverencia»: A María la oye Jesús por la reverencia y el amor que tal Hijo debe a tal Madre.

La Iglesia santa en todas las oraciones, himnos y antífonas dedicadas a honrar a la Virgen María ha expresado su fe inquebrantable en el poder de mediación de su Santísima Madre. Después de cerca de veinte siglos de experimentar el efecto más que de Madre de María por nosotros, conociendo la solicitud con que atiende a nuestras peticiones, habiendo recibido inefables y numerosísimas pruebas de su protección, la gratitud y devoción del pueblo cristiano ha ido creciendo, y como río impetuoso llena todo el mundo, que se prostra a los pies de esta Reina para aclamarla su madre y Señora.

Este amor con que veneramos a María para ser verdadero tiene que demostrarse con obras más que con palabras o afectos. Todos los afectos del corazón de la Madre de Dios tienen el mismo orden y son una lección

elocuente para la humanidad. ¿Qué dicen a los hombres? Dicen que, puesto que la Madre de Dios sacrificó en las aras del amor divino a su propio Hijo, que es de un valor infinito; más justo es que los hombres renunciemos a afectos y sentimientos de orden inferior por amor de Dios, y condenemos todos aquellos que son contrarios a la santidad infinita. Desde que María es Madre de Dios, se ha restablecido el orden moral del mundo, invertido y trastornado por el pecado, y la humanidad entera tiene en Ella no solo una maestra, sino una Madre que la engendra a la vida de la rectitud, que es la verdadera vida del hombre.

En la Maternidad divina y sus consecuencias brillaban como un sol las armonías de los sentimientos más puros del alma con las ideas más sublimes del espíritu; en el alma de esta Virgen Dios depositó todo su amor, y de esa misma alma sale una correspondencia perfecta, la cual sirve de espejo a los hombres, para que, puesto que Dios hizo, sus corazones para amar, amasen lo que es digno de ser amado, las bellezas de la virtud y al que nos da la gracia para que las poseamos.

Esta es la causa porque se han formado entre la Virgen y la naturaleza humana esas relaciones de amor, que son hijas del corazón agradecido a favores recibidos. Por eso a la reina del cielo y de los hombres la llaman Bienaventurada todas las generaciones, pues en Ella los ángeles hallan alegría, los justos gracia, y los pecadores misericordia.

FR. ELISEO DEL SSMO., O. C. D.

LEA V. "EL DEFENSOR"

El amor de Dios en la oración litúrgica

—=—

El laicismo no puede abrazar las almas. El laicismo, separando el alma de Dios, enfría los corazones. «Dios, dice el libro sagrado, es fuego ardiente». El hombre separado de su Dios, de este fuego ardiente, ha de helarse, no puede experimentar en sí mismo los efectos del fuego que el divino Salvador vino a traer a la tierra.

La sagrada liturgia después de habernos hecho invocar al Señor como nuestro auxilio, como nuestro protector, como nuestra fortaleza, quiere que le reconozcamos y le busquemos como objeto de nuestro amor. El laicismo que prescinde de Dios, y que aparta de la mente humana todo conocimiento del Ser supremo, omnipotente y eterno, priva además a la voluntad del hombre del objeto único que puede llenar todas sus aspiraciones. El laicismo no quiere que Dios sea amado. El laicismo es eminentemente egoísta. Cree que si Dios fuese amado, el hombre no sería amado.

La sagrada liturgia que nos ha enseñado cómo debíamos invocar a Dios, quiere que además le pidamos su santo amor. Todos los días nos recuerda la transformación realizada en el corazón de los Apóstoles, mediante la venida del Espíritu Santo. Los Apóstoles conocían ya a Dios, conocían a Jesucristo, le invocaban, pero necesitaban que el amor divino se apoderase de sus almas para abrazarlas, para encender en ellas las llamas de aquel amor que es más fuerte que la muerte. Este amor pide para todos los hijos de la santa Iglesia la sagrada liturgia mediante la plegaria de Tercia. «Que aquel mismo Espíritu que inflamó los corazones apostólicos, se difunda en nuestros corazones; que las palabras, los pensamientos y los

afectos del alma ardan en caridad, se muevan por la caridad y respiren caridad»; nos hace pedir humilde y fervientemente en la plegaria que precede a la celebración solemne del santo sacrificio.

El amor de Dios en la liturgia es la antítesis del laicismo. Este no reconoce otro amor que el amor propio.

La liturgia eleva, purifica y santifica el amor dándole por objeto, al que consagre todas sus fuerzas, el único que merece ser amado siempre, en todos momentos, incondicionalmente. La sagrada liturgia nos propone el amor de Dios, quiere que amemos a Dios, y de esta suerte se declara enemiga irreconciliable del laicismo. La liturgia, tomando unas palabras del Apóstol de la caridad, nos dice en la plegaria de Tercia del día cristiano por excelencia, del domingo: «Dios es caridad, y el que permanece en la caridad en Dios permanece, y Dios en él». ¿Podía hacerse elogio más sublime de la caridad cual le hace la sagrada liturgia en las palabras transcritas? ¿Qué más puede apetecer el hombre, que estar unido con Dios, vivir unido con Dios, vivir de Dios? Estos son los efectos de la caridad sobrenatural, de la caridad que pide solemnemente la sagrada liturgia en favor de los hijos de la santa Iglesia.

La sagrada liturgia no tiene otra aspiración que el reinado de la caridad en el alma cristiana. Su acto más importante y trascendental, su acto más culminante tiene su realización en el santo sacrificio de la Misa. Y en la santa Misa el Hijo de Dios Jesucristo no sólo se inmola por los pecados de los hombres, sino que quiere que los hombres le amen, y como prueba de este amor, a El se entreguen y con El se unan mediante la sagrada Comunión.

El laicismo desconoce la Eucaristía. El laicismo nada quiere saber de la Eucaristía. El laicismo tiene declarada

guerra a la Eucaristía. El laicismo es enemigo del culto cristiano, y el culto cristiano tiene precisamente por objeto el más sublime, la adoración, la veneración y la recepción de la sagrada Eucaristía. El laicismo que ninguna relación quiere tener con la sagrada Eucaristía, sino la de franca y satánica oposición, no es posible que pueda dar de sí mismo otro fruto que la divinización del amor propio, y esta divinización hasta tal grado que llegue al odio y al aborrecimiento del mismo Dios.

ALFONSO M.^a GUBIANAS, O. S. B.

Teatros y Cines

Cines

El fantasma del convento.—No falta, claro es, el artificio de todas esas películas llamadas de miedo, pero no se rompe sin embargo la lógica. Supuesto el plano de realidad de lo sobrehumano el «film» está hecho con gran sentido artístico y sin ninguna incongruencia en el orden religioso. La realización es aceptable, de escenario y de ambiente. No así de intérpretes. Todos son mediocres. La película es siempre decorosa y limpia.

Una semana de felicidad.—El argumento es inofensivo, pero repetidas exhibiciones plásticas y la presentación de algún lugar de manifiesta lubricidad, ponen un sello inadmisiblemente, por el actual empeño de empequeñecer y manchar toda película con escenas de una intolerable inmoralidad. No comprendemos que se realice una cinta moral en absoluto, por lo que al asunto respecta, para empañarla con unas escenas episódicas que nada dicen, si no es un prurito morboso que conviene desterrar.

Crisis mundial.—Se ha imaginado una comedia algo artificiosa de asunto

y de trama no muy espontánea tampoco. La cinta es ágil, movida, no falta de diálogo y esta vez apropiado y lógico. A más de ello no rompe una línea de decoro. Recurre alguna vez a lo picaresco, pero sin estridencias y como matiz cómico incidental. El tono general es así limpio, ameno, sin estar exento de modernidad y elegancia.

Rapto.—En persecución de acumular efectos artísticos, se relega a segundo término el interés que debe dimanar del dinamismo y de la acción y las cualidades cinematográficas desaparecen casi por completo. Se prepara un final emotivo, para lo que se aglomeran notas trágicas y se recurre a los más efectivistas y gastados recursos que impresionen vivamente. No se abandona la exhibición de semidesnudos provocativos ni se prescinde de escenas de la más grosera obscenidad.

La perla maldita.—El «film» policiaco construido en torno a una joya siempre oriental por más señas, y desde luego robada a un misterioso ídolo indio, es ya clásico. Tan clásico que ni logra siquiera ese impresionismo sensacional, porque la acción se dibuja desde que se plantea sin sorpresas de curiosidad, ni el brusco interés de lo imprevisto. La moral es implacable.

El burlador de Florencia.—Toda la cinta es la pintura grotesca de un burlador vulgar, que está exento incluso de esa gracia picante a lo Bocaccio y la pintura también de una corte corrompida en que el duque y la duquesa se entretienen con respectivos amores adúlteros. El «film» es inmoral en todo su contenido y está lleno de sugerencias sensuales y de intenciones escabrosas. En la realización tampoco se esquivan, para subrayar rasgos satíricos, escenas que no admiten el decoro.

La pequeña Dorrit.—Llevada la ac-

ción con un ritmo apropiado y equilibrados valores que intervienen en la proyección se logra una cinta amena, entretenida, de tono gracioso y que mantiene dignamente el interés. Salvo algún exceso afectivo, la película es totalmente decorosa.

La hija del Regimiento.—Un regimiento escocés recogió en una batalla a una niña abandonada y desde entonces la considera como hija. Destinado a una aldea con el fin de reprimir el contrabando celebra el 18 aniversario de la hija adoptiva, con tal oportunidad que la fiesta celebrada es suspendida por el general, a quien hacen creer ser los preparativos para rendirle un homenaje, concedores de su visita. Descubierta el engaño y la existencia de la joven, hace el general que sea adoptada por la dueña de un castillo existente en la comarca y cuyo sobrino, después de ayudar eficazmente a terminar con el contrabando, se casa con la huérfana adoptada por el bravo regimiento. La moral resplandece casi totalmente, salvo en pequeñas libertades y leves alusiones.

La Dolorosa.—Todo es en ella un acierto, paisajes y perspectivas, escenas de ambiente popular y sobre todo el convento donde la música resuena con ecos de sublimidad, ante aquella visión de ensueño de la magnífica Abadía. La sonoridad es tan perfecta que los números musicales ilustrados por la plasticidad cinematográfica de las evocaciones, penetran con más fuerza en el espíritu, porque los acompaña a la par el recurso de la fantasía. El conjunto es selecto y esmerado y para que nada falte el «film» es decoroso y correcto.

La doncella de postín.—La hija de un millonario que se cree arruinado trata de colocarse como doncella para poderse casar con un aristócrata, que es su novio, y que tampoco cuenta con elementos de vida. Lo absurdo de la situación y las torpezas que comete

la jovencita rica en el aprendizaje de su nueva profesión, son elementos suficientes para el desarrollo de unas escenas graciosas, y la presentación de momentos cómicos, aunque se aprovechen para ello motivos un tanto inocentes y de manifiesta falsedad. Es inocua en el fondo, y en la forma sólo habría que señalar las inconvenientes manifestaciones afectivas tan en uso.

Pelirrojo.—Tiene esta película una intensidad dramática, agria y dura. Pintura de hogar roto por desavenencias conyugales. La película, en fin, pese a su tono trágico y fuerte, es perfectamente moral de asunto y de desarrollo escénico.

El último vals de Chopín.—Todo está conseguido de manera admirable y en ningún momento se pierde el perfume romántico. París en su desfile de tipos tan perfectamente caracterizados como el de Balzac, y siempre con la nota sentimental, la nota cómica, irónica y graciosa. Y sobre tanta belleza la música de Chopín, que es como el alma de la época.

Volga en llamas.—Se fundamenta esta película en un episodio de las sublevaciones del pueblo ruso en tiempo de los zares, producto de sus inquietudes sociales y políticas. La película admirable de técnica, es un alarde de realización. En el aspecto moral hay que lamentar algún detalle de mal gusto, a cargo del teniente Chelín, que a la fuerza trata de conquistar el amor de la hija del coronel, pero en general, ni en fondo ni en forma, presenta motivos de grandes reparos, pues aún ocasiones y momentos fáciles para resbalar, son salvados con laudable dignidad.

El vuelo de la muerte.—Arriesgados ejercicios y escenas en el campo militar de aviación ocupan parte importante del «film». Para enlazarlos se urden amores sentimentales que se complican por las aficiones teatrales de la novia, que logra debutar y se

aleja del oficial aviador que desde niño fué su prometido. Entre aciertos de técnica y bonitas vistas, se entrelazan algunas falsas situaciones y un diálogo prolijo que las alarga excesivamente. Se desenvuelve con decoro sin tropiezo alguno, por cuanto a la moral se refiere.

El fugitivo de Chicago.—Encierra esta película alemana un drama bien concebido que se desenvuelve en un ambiente moderno de fábrica de automóviles y de gran empresa industrial. Podría tachársele de largo, de poco ágil, de recargado de escenas innecesarias, de falta de variedad. Es moral en todos sus aspectos, si se exceptúa alguna que otra escena y está bien interpretado.

Hombres en blanco.—El interés de distinta índole por dos mujeres solicita la atención de un joven médico que trabaja en un hospital como interno a las órdenes de un famoso doctor. Este trata de evitar la prematura boda que malogre en ciernes al discípulo, en quien advierte inequívocas muestras de envidiable porvenir en la Medicina. Se acentúa la falta de interés por la lentitud con que la acción se desenvuelve. Si no fuese punto culminante de la película una seducción que se sugiere discretamente, no habría reparo alguno que oponerle en el aspecto moral.

El mundo cambia.—No nos cabe aquí el análisis de los detalles, de los perfiles de los matices bellísimos. Estamos en presencia de una obra de primer orden, de gallardía y pulcritud exquisita en todos sus elementos. Asunto, acción, personajes, escenificación, ambiente, fotografía, sonido, interpretación, todo rinde un máximo en un conjunto que corona una moral intachable.

El espía número 13.—Tiene momentos de verdadero dramatismo y escenas de emoción muy bien salvadas. Las escenas de los encuentros

entre los rebeldes y las tropas federales son un acierto de técnica, y en cambio, resultan algo ingenuos los procedimientos elegidos por los espías para realizar su misión, pues casi todos los actos que practican parecen encaminados a inspirar sospechas. Nada hay que reprochar en el terreno moral y ello es ya de por sí un destacado valor de la película, que conviene destacar.

Identidad desconocida.—El conjunto es grato y la comedia bien trazada alcanza el desenlace previsto, con el procedimiento expeditivo de un asesinato disimulado de quien estorba para la felicidad de un médico y de su enfermo, que no encuadra en ninguna moral exigente. Disuena de ésta también algún que otro toque frívolo y atrevido.

Cargamento salvaje.—La cinta es pura y simplemente la descripción de una exploración en pos de animales salvajes. Todo es real y verdadero, sin trucos, sin artificios, sin sensacionalismos. Basta decir que la película cautiva e interesa en todo instante, sin que cause la menor monotonía la exhibición de tantas cacerías de fieras para dar idea de su belleza y emoción que van hermanadas con la limpieza más ejemplar.

La vida en broma.—Una broma pesada a la que sucede otra como lección. Engendra una lección cómica de fácil y gratisimo desarrollo. La cinta utiliza en algunos momentos lances de tipo policiaco. Los más, empero, con detalles humorísticos, algunos un poco estridentes, pero en gran parte también llenos de gracia. La película, en fin, salvo algunas escenas tal como el término de la obra, en que se presiente un divorcio, y alguna que otra efusión amorosa, es decorosa y limpia.

El hombre de la suerte.—Tiene la película un tono ligero y humorístico, muy de acuerdo con la manera de Mil-

ton; todo es en ella gracia, agilidad, ingenio, y sobre todo acción personal y directa del actor, que hace posible, por la sugestión de su optimismo y de su simpatía que se admitan como fruto de su talento y de su audacia lo que no es otra cosa que suerte. El fondo no puede ser más inocente; los incidentes son de una limpieza poco acostumbrada; lástima que la visión rápida de un desnudo interrumpa la placidez moral del conjunto.

La taquimeca se casa.—Un opulento banquero se casa con la taquimeca que le sirve de secretaria y durante el viaje de novios quiebra el banco y resulta arruinado hasta el extremo de embargarle el «yate» en que viajan. Dispuestos a rehacer su vida, buscan trabajo, sin que él lo consiga.

Abnegación.—Hay en esta cinta un drama que no carece de realismo humano. Es todo el proceso psicológico de una mujer casada, que sufre con abnegación la sevicia constante de un marido cruel y vicioso, y que cuando éste padece accesos de locura por efecto de un accidente, se consagra a una vida de sacrificio como enfermera. Lo más bello del «film» es toda esta parte en que se pinta con viveza el interior de un hospital. El «film» cinematográficamente está bien compuesto, no tropieza con las crudezas acostumbradas.

Canción de cuna.—Pocos «films» de asunto y ambiente español han sido llevados a la pantalla por manos extranjeras con tan positivo acierto como esta adaptación de la conocidísima obra de Martínez Sierra. La cinta es desde el punto de vista moral, ejemplar y magnífica.

El modo de amar.—El protagonista es como un vagabundo que vive de la alegría como un Francis Villón de los tiempos de hoy. Canta, ríe, se divierte a su modo. Y le llega el amor, a él que presume de calavera. El amor en forma de una joven desgraciada y

pura que recoge del arroyo. Eso es todo. Lo demás aderezo imprescindible de «couplets» y de canciones de recursos cómicos y genialidades. Todo va envuelto en un conjunto simpático, limpio, amenísimo, en el que triunfa de nuevo por su simpatía precisamente Chevalier.

Locuras de Shangai.—Locuras muy extendidas actualmente. Cuantos ataques comunistas contra las misiones americanas y la ciudad civilizada y matizando estos episodios, unos amores improvisados entre un oficial expulsado de la marina americana y la hija de un influyente personaje. Se halla llena de de ingenuidades y falsas situaciones que el público no puede admitir por complaciente que sea, y que culminan en algunos momentos subrayados notoriamente por los espectadores.

E. ABRIL.

Para mis pequeños lectores

No sé si los tendré, porque no suelen ser las crónicas y artículos que envío a propósito para ellos, sino para *uso y provecho*, ¡Dios lo quiera!, de las personas mayores.

Y sin embargo, hoy, todo el artículo va escrito expresamente para los niños, para los hijos de los padres y madres que me leen y que militan en el campo de Cristo, bajo las banderas del Catolicismo.

Claro es que en lo que voy a pedir a los niños tomarán parte los mayores, pero ellos van a ser mis embajadores, los portavoces de mi deseo, los apóstoles de la causa por la que se mueve mi pluma en esta ocasión.

Voy a empezar con una narración auténtica que habla del sacrificio de un niño de ocho años, de un cruzado eucarístico, en favor del alma de un obrero; prepararé el terreno para que

mis pequeños lectores se sientan movidos a ser generosos en favor de almas de hermanos suyos, aunque de otra raza y de otro color.

Empiezo mi narración: El héroe de ella es Juanito, niño de ocho años, muy traviesillo él pero bueno, sincero, recto y con mucho celo de apóstol. Un día su padre le llama y le reprende porque acaba de saber que ha roto con una pelota un cristal de la escalera; la portera se lo ha asegurado; el niño niega que él haya sido, pero el padre insiste y le afea el que además de la travesura no diga la verdad; se marcha dejando a Juanito abrumado de pena, revuelto porque su papá no se fía de él, y él no ha sido el que ha roto el cristal. Piensa, medita como le convencerá, prepara sus mejores frases para conseguirlo, que busquen bien a quien ha podido ser, pero eso de pasar por mentiroso, eso... vamos que no lo tolera. Se acuerda que es cruzado eucarístico, que ha de hacer sacrificios, pero... para otros, eso de dejarse acusar sin poner las cosas en claro. Es demasiado duro. Pero de pronto se le viene a la memoria la cruzada de oraciones y sacrificios que les ha pedido el párroco en favor del alma de un obrero que no se quiere convertir y que va a morir, y Juanito haciendo un esfuerzo heroico se traga las lágrimas, se calla y se deja acusar sin protesta. A la mañana siguiente, su padre le llama, la portera acaba de decirle que se ha enterado por el mismo albañil que fué él y no el niño quien rompió el cristal. Juanito se presenta muy afligido aún, pero silencioso. Su padre le abraza y le dice que ya se sabe quien fué el autor del cristal roto, y extrañado agrega: «Pero ¿por qué no te excusaste más, no insististe en que tú no eras? Y Juanito, echándose en brazos de su papá, que ya tiene confianza en él, murmura entre un beso y una lágrima: «No te acuerdas papá que el señor Cura nos

pidió sacrificios por el alma del obrero?».

¿Verdad que es algo conmovedor este hecho en el que un niño actúa de verdadero apóstol para ganar un alma a Jesús?

Pues yo no os voy a pedir tanto, no. Es más sencilla mi petición.

Hace unos días recibí una carta, precioso tanto!, y en ella, un religioso, un misionero de la Orden de San Agustín, me incluía una tarjeta de una monjita de la Misión Católica de Kweitehfu (China), en la que decía la misionera que está al frente de un colegio de niñas pobres, pequeñas, que si ella tuviera a su disposición un cine de niños, para enseñar muchas cosas a las pobrecitas chinas y entretenerlas los domingos, que seguramente se podría hacer mucho bien a esas niñas, porque además acudirían otras nuevas y se les podría instruir en la religión cristiana poco a poco.

¡Un cine! ¿Dónde voy yo a encontrar un cine, aunque sea de esos *Pathé Baby* que se usan y son tan monos? Os confieso, amiguitos, que al leer la cartita de la monja y la del Padre, que apoyaba su petición, me quedé perpleja y luego pensé que escribiría que no podía hacer nada. Pero... dentro del corazón tenía yo un resquemor y una pena de no poner de mi parte cuanto pudiera para ver de conseguir ese cine que sería un auxiliar tan valioso para la misionera que habiendo dejado su patria, su familia, sus comodidades, todo, estaba allí por amor a las almas, luchando, gastando su vida y su salud, tratando de llevar a esas inteligencias la luz de la verdad, que... volví de mi acuerdo y pensé escribir este artículo, poniendo el asunto en manos de la Santísima Virgen, Reina de las Misiones, y en las de la Santita Teresita del Niño Jesús, Patrona de las Misiones. Ellas dos son las encargadas de pedirnos a todos que hagais un sacrificio, que

penseis en esas niñas chinas a las que el cine hará tanto bien, y privandoos de golosinas, de ir al cine, que sé yo de tantas cosas, entre muchos, podais adquirir el cine para niños, que no es caro, y que tanta alegría dará a esas hermanitas vuestras en la fe, las chinitas de Kweitehfu, y a su profesora y madre en Jesús, la misionera que lo ha pedido.

¿Verdad que vais a hacerlo? ¿Verdad que quereis cooperar a esta obra tan hermosa en la medida de vuestras fuerzas?

Para mayor comodidad vuestra no teneis que comprar el cine; mandad vuestro donativo, abrid vuestra hucha de los ahorrillos que tengais y girarlo a mi nombre a la calle de Alameda, 7, Madrid, diciendo quien lo envía; en cuanto tenga reunida la cantidad, se compra el cine y se manda a la prefectura de China, diciendo es un regalo que los niños tales y tales hacen a las niñas chinas para que se instruyan y se diviertan.

Segura de la caridad con que van a responder a mi petición mis pequeños lectores... y los mayores, que facilitarán la contestación de los pequeños, pido a la Santísima Virgen y a Santa Teresita que los llenen de gracias y bendiciones, que la Reina de las Misiones meta a todos los donantes dentro de su Corazón de Madre y Teresita del Niño Jesús mande una rosa de felicidad y alegría por cada moneda con la cual se pueda comprar el cine.

MARÍA DE ECHARRI.

Nuestra Señora del Pilar y el Apóstol Santiago

por don Luis de Zavala

II

Aunque ya no es necesario, después de cuanto llevo dicho, no quiero omitir el notabilísimo testimonio que dió

en cuanto al tema de que estoy tratando el Obispo de Zaragoza Tajón, en el siglo VII. En él consigna en toda su integridad todo lo que después han repetido la casi totalidad de los españoles. Nuestros devotos ascendientes solían decir al oír las campanas del reloj: Bendita sea la hora en que Nuestra Señora vino en carne mortal a Zaragoza; y la saludaban a continuación rezando el Ave María. Hermosa y tradicional costumbre que se debía restablecer.

Ese precioso y antiquísimo documento, probatorio por sí solo de la tradición del Pilar y de nuestro Patrón Santiago, sin que en rigor hagan falta otros testimonios, aunque como dicen: «Por mucho trigo, nunca mal año» lo trae en un artículo hermoso como todos los suyos el ilustre escritor y presbítero celosísimo Sardá y Salvany (q. s. g. h.), y a continuación añade por su cuenta:

«Venerabilísimo es este relato, y después de él no queda ya sino dar gracias a Dios y a la Madre de su unigénito Hijo Jesucristo, que de tal suerte quiso distinguir a esta nuestra Nación, dándole coma en arras de su perpetuo desposorio con ella (desposabo tibi in fide) ese Pilar símbolo el más apropiado de la firmeza de nuestra fe y del robustísimo cimiento que tiene ella en la especial protección de la Madre de Dios.

Diez y nueve siglos han corrido al pie de ese Pilar, ora mansos, ora borrascosos, como las aguas del Ebro; ora suaves, ora embravecidos, que lamen los muros de su santo templo. ¡También contra él se estrellarán todas las tempestades del porvenir!»

Ahora, para que todos sepan lo que ha dicho usted de la visita de la Santísima Virgen a Santiago, después de dar por inadmisibles la predicación de éste en España, transcribo las propias palabras de usted que me hubiera ale-

grado que no las hubiese escrito, no dando motivo para este mi artículo.

Son estas:

«A mediados del siglo XII puesto el señor Obispo de Zaragoza a contar cosas del culto mariano de su diócesis y capital, no especificó cosa alguna acerca del prodigio estupendo de la venida en vida de la Madre de Dios a aquel pueblo». Claro que no, porque no hacía ninguna falta a los fieles (digo yo) por cosa tan conocida de estos, y así suele ocurrir siempre en casos semejantes. Prosiga usted ahora. «Y no hay tampoco noticia de eso en el siglo XI, ni en el X, ni en el VI, ni en el III, ni en el II, ni de los días de la supuesta aparición». Queda, con lo dicho antes, contestado todo esto y lo que sigue. «O lo que es lo mismo, que en mil doscientos años nadie sabe nada de eso en Zaragoza, ni en Belchite ni en España». El que no sabe lo que se trae entre manos es usted. Recuerde los testimonios que he aducido de los siglos IV, VII, IX y XII, entre otras razones. Prosiga: «De donde se sigue lógicamente que los tradicionalistas españoles, con sus amigos de todo color, que abren un hueco en el Credo apostólico a fin de colocar en él aquello de «La Virgen del Pilar dice que no quiere ser francesa», esos católicos son enemigos de fantasías».

Ya le he demostrado, defendiendo a esos católicos, que no creen ni afirman más que cosas sólidamente probadas y muy dignas de crédito. En cambio ustedes creen, por ejemplo, en la batalla de Padura, que ningún buen historiador admite, y están persuadidos de que han dado sólido fundamento, a los que creen derechos del País, al apoyarlos en el falsísimo principio de las nacionalidades, que es lo mismo que querer sostenerse sobre una caña podrida. Le demostré la falsedad de dicho principio hace ya meses, y usted se calló como un muerto.

He terminado señor Aranzadi. Mu-

cho me alegraré de haberle convencido; porque no quiero la verdad sólo para mí, sino para todos, especialmente para los amigos, aunque no sean correligionarios.

POSTDATA

Como mis devotos lectores tendrán gusto en leer palabras textuales del documento del Obispo Tajón, voy a transcribir algunos de sus párrafos, haciéndolos preceder por otros muy significativos también de Sardá y Salvany. Empiezo por los de este eximio escritor:

«Podría llamarse esta fiesta (la del Pilar) «La dedicación de la Iglesia española» y celebrarse como se celebra cada una de las dedicaciones de nuestras iglesias particulares con el Oficio consagrado a su aniversario. En efecto. La colocación de la primera piedra de la Iglesia española, y su consagración, vino a realizarla en carne mortal María nuestra Madre a ruegos de nuestro primer obispo Santiago, que la llamó en su auxilio para la grande obra de la conversión de este pueblo en todo singular».

He aquí los del insigne Tajón, que allá en el siglo VII daba la tradición zaragozana como recibida de sus mayores:

«Entre tanto, por revelación del Espíritu Santo, el bienaventurado apóstol Santiago el Mayor, hermano de San Juan, hijo de Zebedeo, fué mandado por nuestro Redentor Jesucristo que fuese a la parte de las Españas a predicar la palabra de Dios; y luego fué a la Virgen María, y besadas sus manos, le pidió licencia y bendición con lágrimas. Al cual dijo la Virgen: Ve, hijo, cumple el mandato de tu Maestro, y por El te ruego que en una de las ciudades de España en donde mayor número a su santa fe convirtieres allí hagas una iglesia en mi memoria, según que yo te mostraré».

Véase como refiere Tajón la celeste aparición:

«Y después de algunos días, a la media noche, estando el bienaventurado Santiago con los fieles sobredichos en contemplación y oraciones, y algunos de ellos durmiendo, oyó el bienaventurado Apóstol voces de Angeles que cantaban «Ave María gratia plena», casi comenzado el suave invitatorio del Oficio de Maitines de la Virgen; y postrado en tierra vió a la Virgen María, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, entre dos coros de millares de Angeles sobre un pilar de piedra mármol. Y así la compañía celestial de los Angeles acabaron los Maitines de la Virgen con el verso Benedicamus Domino. El cual, acabado, la bienaventurada Virgen María llamó por sí muy dulcemente al santo Apóstol y le dijo: Cata aquí hijo mío el lugar señalado y diputado a mi honra, en el cual por tu industria, en mi memoria, quiero sea edificada mi iglesia: mira este Pilar donde estoy sentada, porque mi Hijo y Maestro tuyo le ha enviado del cielo por mano de los Angeles, cerca del cual asentará el altar de la capilla, en el cual señaladamente por mis ruegos y reverencia señales maravillosas la virtud del muy Alto obrará, especialmente a aquellos que en sus necesidades demandaran favor, y estará el Pilar en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltará de esta ciudad quien honre el nombre de Jesucristo mi Hijo».

Prosigue Tajón: «Esta es la primera iglesia del mundo, dedicada por las manos apostólicas en honra de la Virgen nuestra Señora. Esta es la cámara angelical fabricada en los principios de la Iglesia cristiana: esta es la sala sacratísima muchas veces visitada por la Virgen nuestra Señora, en la cual diversas veces la Madre de Dios se ha visto cantar los salmos de los Maitines con los coros de los Angeles; en

esta capilla, ciertamente, por medio de la Sacratísima Virgen María, muchos beneficios se dan a sus devotos y se obran muchos insignes milagros por Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por infinitos siglos. Amén».

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

Ideas, hechos y números de la Argentina

Un cuadro guerrero y místico. En la portada policroma cruces y espadas. Soldados y misioneros. Al fondo entre aureolas de luz, la hostia inmaculada. En heróico verso de romance, estrofas de la hispana epopeya.

Pasearon el Corpus
por nuestros solares
los hombres que luego
fundaban ciudades.

Al margen del blanco que cierra la estampa del libro *Anuario Argentino Católico, 1935*. Dos acontecimientos se narran y analizan en sus páginas; el Congreso Eucarístico Internacional del pasado Octubre, y los orígenes, desenvolvimiento y resultado de la Acción Católica. No son dos hechos unidos, pero hay entre ambos una relación de causalidad muy apreciable.

¿Qué etapas ha cubierto en la ruta de recristianización este apostolado, que en frase del Pontífice al Episcopado Argentino, es la que «más responde a las necesidades de los tiempos»?

Las dificultades a vencer han sido más grandes y numerosas en tierras de América que en los países de Europa. Por lo heterogeneo de la población, por la escasez del clero, sin contar otras. El triunfo conseguido, es por lo mismo, mas digno de loa.

Las líneas fundamentales se adap-

tan y acomodan al tipo italiano, no solamente en el carácter doctrinal, sino también en la traza y modo de ejecución.

La Junta Nacional, núcleo de pensamiento e iniciativa; órgano de régimen y centro de propulsión con su desdoblamiento en las diocesanas y parroquiales; los militantes agrupados en cuatro asociaciones de órbita y extensión nacional; *Hombres católicos, Ligas de damas, Juventudes*.

La característica de la primera que integran 5.496 afiliados en 296 centros, es la formación religiosa y civil conforme a los principios del Evangelio, articulando sus actividades con la Parroquia. La escuela y el cine, fueron en el año último, campo abierto a los trabajos moralizadores. Una revista *Concordia*, enlace, orientación, historial de vida entre los socios.

La legión femenina que ha catequizado de modo penetrante más que en los barrios céntricos, en los suburbanos de la metrópolis, tiene una oficina *El libro* para proganda de buenas lecturas; está preparando el centro profesional, celebró la jornada de la Madre Católica, labora en la educación y auxilio de niños pobres, cultiva la formación en el Instituto técnico y su boletín *Anhelos* sirve de vínculo y difunde los ecos de la voz del mando. Cuenta en la actualidad 7.212 asociados en 320 círculos.

La pujanza y el brio de las vanguardias jóvenes remansadas en 300 centros parroquiales, se disemina y extiende por todo el territorio predicando la nueva cruzada. Temas de estudio sobre puntos de cultura religiosa perfeccionan la creencia y la completan. Una sección de delegados por región, avivan la llama fervorosa. Los centros universitarios, idea felicísima del arzobispo Mons. Copello, consolidan y depuran las enseñanzas y son tutela de la profesión estudiantil. La

revista quincenal «Sur-Sum» es portavoz de la Federación.

Más de 10.000 señoritas agregadas en 400 nuevos círculos constituyen la Liga Femenina, cuyas actividades se desplegaron principalmente en la organización de las jornadas de A. C.; propaganda y difusión de libros apologeticos y litúrgicos que ellas mismas reparten, dirección de las asociaciones nacionales de niñas católicas y aspirantes, Secretariado económico-social y cursos de religión. Tienen también su revista, «Ideales».

Instrumento muy provechoso el Secretariado Económico-social, ahora en periodo de ensayo, pues apenas lleva un año de vida, su finalidad es la de orientar el pensamiento legislativo y el espíritu de la vida argentina hacia los principios sociales cristianos «mediante múltiples actividades tendientes a suscitar un vasto movimiento de la opinión pública en favor de los anhelos católicos en materia económico-social, promoviendo una legislación protectora de la familia obrera urbana y rural», además de la propaganda y difusión de la doctrina social cristiana que realiza por medio de publicaciones, conferencias, círculos, temas sociales, etc., trabaja preferentemente en procurar ayuda y coordinación entre todas las obras y organizaciones de carácter económico-social.

Visto el índice, que no más largo alcance que el de referencia tienen las líneas anteriores, la pregunta es inevitable; ¿cuáles han sido los resultados, cuales las reconquistas de la Acción Católica en los países del Plata? El señor Consiliario Nacional, Mons. Caggiano, responde que el trabajo de la A. C. se ha dirigido principalmente a despertar el espíritu de responsabilidad en los sacerdotes y en los laicos, en todo lo que se refiere a la formación religiosa y sobre todo a la defensa y difusión de los principios cristianos. De las cuatro conclu-

siones que la experiencia personal relativa al desarrollo normal y progresivo de la obra, le ha dictado subrayar la cuarta, que dice textualmente «donde la A. C. ha sido implantada con la adecuada preparación y conocimiento y donde se ha observado los Reglamentos y ha habido un celoso animador de Centros, Juntas y Círculos Parroquiales, se ha evidenciado de inmediato una transformación de la vida cristiana parroquial».

La segunda parte del anuario, más de 300 páginas, es una crónica documentada y gráfica del gran Congreso en cuya preparación y realización admirable Acción Católica tuvo la primacía.

J. POLO BENITO.

Pinceladas Marianas

Recordar y vulgarizar las excelencias y grandezas marianas siempre es útil y laudable a todos. Y como la Virgen María es la obra maestra, la obra más estupenda de la creación, después de Jesuaristo, tiene un fondo inagotable para poder cantar sus glorias. Lo que se dice de *María nunquam satis*, de la Madre de Dios nunca se puede decir lo bastante, podemos convertir este axioma en *de María nunquam nimis*, de la Virgen María, dentro de los límites de la Fe católica, nunca se dice demasiado. Por esto dice de ella la Iglesia, *quibus te laudibus efferam nescio* no sé con qué elogios te puedo encomiar, porque no hay palabras suficientes y adecuadas para cantar tus excelencias y prerrogativas.

El lugar que la Virgen ocupa en la Iglesia

Que la Madre de Dios es fuente y mediadora universal de todas las gracias, confiesan todos los católicos; pe-

ro considerando a la Iglesia como cuerpo moral, no sabemos qué lugar ocupa en este cuerpo.

Muchos, con el sermón de la Asunción atribuido a San Jerónimo, a San Agustín, a San Epifanio y a otros, comparan a la Virgen al cuello. Así como Cristo es la cabeza de la Iglesia y él merece todas las gracias para todos los hombres, su Madre María Inmaculada es el cuello por donde se nos comunican todas las gracias. Por consiguiente, la Madre de Dios ocupa el lugar de cuello en el cuerpo de la Iglesia.

Otros muchos, con San Leonardo de Puerto Mauricio en el sermón de la Anunciación, dicen que la Virgen es el corazón de la Iglesia. Así como el corazón riega todo el cuerpo con la sangre que por él circula; en la misma forma María Inmaculada, con las gracias que pasan por ella, riega y da vida a todos los miembros y a todas las almas del cuerpo de la Iglesia. Además, el corazón es el centro manifestativo del cariño y del amor, y estas dos cualidades encontramos principalmente en el corazón de la Madre, y la Iglesia nos convida a ir al amor infinito de Jesús por medio de María *per Mariam ad Jesum*.

No faltan, sin embargo, otros que atribuyen un lugar más preeminente a la Madre de Dios en el cuerpo de la Iglesia. El P. Carlos Moral, con varios teólogos, en su obra mariana, la revista oficial *Acta Ordinis Minorum* y la Escuela Franciscana afirman, que la Virgen Santísima ocupa el lugar de cabeza en el cuerpo de la Iglesia en unión de Cristo y subordinada a Cristo. Y en verdad, así como Adán y Eva formaban una sola cabeza de todo género humano, aunque con cierta subordinación; con más razón estaban unidos y asociados Cristo y su Santísima Madre para la redención del género humano. Y si a Cristo llamamos Redentor, a la Virgen en su respecti-

vo lugar la llamaremos Corredentora. De este modo aparecen mejor las excelencias de la Virgen María, y la podemos predicar con más plenitud, porque como dice la *Encíclica Ineffabilis* de IX, estaban predestinados, *uno eodemque decreto*, en un mismo decreto la Madre y el Hijo. Y en caso de controversia, tenemos el axioma del Doctor Mariano Juan Duns Escoto, *quod excellentius tribuendum est Virgini*, que lo más grandioso y excelente se ha de atribuir a la Madre de Dios, siempre que no se oponga a ello la sagrada Escritura y la autoridad de la Iglesia (c. III, dis. I).

La Virgen puede más que los Santos

Según la grandeza y excelencia, así es también su potencia. La dignidad de la Madre de Dios pertenece al orden hipostático; por consiguiente, como dice Sto. Tomás y S. Bernardino de Sena, llega a cierta igualdad con Dios *ad quamdam œqualitatem divinam*. Pongamos en una parte todos los méritos de todos los ángeles y santos, colectiva y distributivamente tomados, y nunca llegarán a la altura del orden hipostático, a tanta aproximación divina, como los de la Madre de Dios, porque la dignidad de la Virgen es, *ratione termini*, infinita por razón del término. Como Dios puso todas las gracias en las manos de su Madre, dice San Leonardo de Puerto Mauricio en el sermón de la Virgen, *tantum potest Mater, quantum Filius*, tanto puede la Madre, cuanto puede el Hijo, porque el Hijo ha depositado su poder en su Madre.

Y para promover más y más la confianza en la Virgen, dice: Imaginad que para un pecador piden justicia San Miguel y todos los ángeles y santos del cielo y que todo el peso de su potencia se ponga en una balanza. Viene después María Inmaculada y pide misericordia para el mismo pecador. Se ponen en otra balanza las razones

de la misericordia de la Madre de Dios, y vencerá con mucho la balanza de la misericordia a la de la justicia. *Cualis modus essendi, talis modus operandi*, según el método de ser, así es también el método de obrar; y como la Madre de Dios supera con mucho al de todos los otros santos juntos, su poder ha de ser también superior incomparablemente al de todos los ángeles y santos de la corte celestial.

Esta razón nos debe mover a tener una confianza ilimitada en María Santísima. La Iglesia nos permite predicar, que el verdadero devoto de la Virgen no se condena. Tengámosla especial devoción a esta nuestra Madre de misericordia, y no dejemos de saludarla mañana y noche con tres Avemarias y con otros obsequios y rezos, porque, como dice San Leonardo, *filii Mariæ numquam peribit*, el hijo y devoto de María nunca se perderá.

El martirio espiritual y corporal de la Virgen

Tan íntimamente estaba unida y asociada la Virgen Madre a su Hijo, que en el gran misterio de la Redención mereció el título de Corredentora. Como su amor a su Hijo era casi infinito, porque estaba revestida de la plenitud de la gracia, y el martirio espiritual de su corazón participaría también de cierta infinitud o de la plenitud de la pena, en proporción de su gracia y de su amor natural y sobrenatural. Por esto dice San Bernardino de Siena, citado por San Ligorio en las Glorias de María, que si el dolor o la pena de la Virgen en la pasión del Señor se repartiera entre los hombres, morirían todos ellos de pena y sentimiento.

Pero, además del martirio espiritual de su corazón, nos dicen varios teólogos con la Venerable Madre Agreda en la «Mística Ciudad de Dios», que

por especial gracia y milagro de Dios, padeció el martirio corporal, sufriendo en su cuerpo invisiblemente los azotes, las bofetadas, los clavos y todos los tormentos que Jesús padeció en su cuerpo. De este modo fué la Madre de Dios mártir completa; esto es, no sólo en el alma, sino también en el cuerpo, y así venció a todos los mártires en todos los sentidos y mereció en toda la plenitud el título de *Regina Martyrum*.

Dice a este propósito el Padre Vicente, en la Mariología de su Teología Dogmática: No despreciemos algunas revelaciones que afirman que la Madre de Dios sufriese en la pasión de su Hijo los padecimientos corporales de él, porque la gracia que le concedió a San Francisco de Asís para participar con las cinco llagas de su sacratísima pasión, no le había de negar a su Santísima Madre. Además, la Virgen María había de ser Corredentora completa del género humano, esto es, había de corredimirle en el cuerpo y en el alma, corredención plena y completa se explica mejor con el martirio espiritual y corporal de que nos habla la Venerable Madre Agreda con varios teólogos de nota. Y aun a este argumento podemos añadir, que mejor imitaba a Cristo padeciendo en cuerpo y alma que padeciendo solamente en cuerpo.

Todas estas prerrogativas siempre se deben poner subordinadas a Cristo; pero realzan a la Madre de Dios de un modo admirable y nos alientan a acudir a Ella cada vez con más amor y confianza.

FR. ANDRÉS DE OGERÍN-JÁUREGUI.

Práctica piadosa expiatoria mariana

— — —
Está llegando mayo, el mes dedicado a María, nuestra dulcísima Madre, mediadora de todas las gracias, y ello

nos impele con mayor fuerza de encendernos en su amor, de multiplicar nuestros obsequios en su honor, de imitar (aunque muy lejos) sus virtudes, de tributarle nuestras alabanzas y de unirnos con Ella en un himno de hacimiento de gracias a Dios Nuestro Señor por los incomparables privilegios y prerrogativas de que se ha dignado revestirla.

Cuando ese mes llegue ¡verlo dudamos!, volverán a llenarse—dice con entusiasmo el señor Obispo de Vitoria—de fieles las iglesias, serán más numerosas las comuniones y más devotos los cultos, más tiernos los cánticos y menos costoso el sacrificio de madrugar, que no pocos se impongan para satisfacer su piedad hacia la Madre de los Cielos.

Ya que en este punto no cabe insistir, vamos a fijar brevemente nuestra atención en la llamada «Práctica piadosa Expiatoria Mariana», bendecida por Su Santidad Pío XI, felizmente reinante, recomendada encarecidamente por más de 130 Obispos el año pasado, celebrada solemnemente en más de 30 santuarios de María y fervorosamente acogida por el pueblo cristiano.

¿En qué consiste esta práctica expiatoria? Nos dará la respuesta ese furor blasfemo, que se ha apoderado de muchos, y que, con profundo desprecio del amor bondadosísimo de nuestra Madre, no vacila en vomitar atroces injurias y groseros insultos contra Ella. La blasfemia contra la Madre de Dios, en cierto modo más inexplicable que la lanzada contra su mismo Hijo, por lo que tiene María a nuestros ojos de más humano, de más compasivo, de más maternal, de más nuestro; crimen que hace estremecer el corazón de un santo temor, porque el Señor, que sufre los insultos dirigidos contra su Santo Nombre, no los tolera cuando se lanzan contra su Madre. ¡Tan celoso es de su honor!

Estas blasfemias, estos crímenes están reclamando a gritos una reparación, y esta reparación se la ofrece a María la práctica expiatoria de que hablamos.

Bendícela el Papa; recomiéndanla los Obispos. Por eso dentro del mes de mayo, como tiempo el más mariano, hagamos desagravios a nuestra Madre por las blasfemias proferidas contra Ella y llenémosla de los saludos y alabanzas que nuestro amor nos sugiera.

Estampa campesina

¡Pobre pan, pobre pan!

En la provincia de Badajoz hay grandes extensiones de terreno infectadas de langosta.

(De los periódicos).

Para los que no sepan toda la grandeza trágica que encierra ese pequeño aparte hacemos esta evocación que se remonta a más de veinte años atrás.

Era la pesadilla tradicional que año tras año encogía los corazones campesinos. Apenas la primavera ponía las primeras galas en los campos, los ojos atemorizados iban hacia las colinas oscuras y adustas de la Serena. Cuatrocientos millares de extensión pelada y ganadera, de finos pastos y resolanas abrigadas para los rebaños merinos. Con dos dedos de tierra parda, como estameña franciscana sobre las vetas pizarrosas, la suficiente nada más para enraizar suaves tréboles y yerbas aromáticas y menuditas. E incubadora especial de los gérmenes de una plaga que busca para su puesta agotadora las tierras de poco calado y exposición soleada.

La Serena era el inmenso nido donde millones y millones de insectos primero como moscas, luego como sal-

tones y por último como voladores, se alineaban en compactas filas como brigadas de ejército y a su paso iban dejando cañadas, vegas y lomas arrasadas y quemadas como si por ellas hubiese pasado un fuego de maldición.

A veces hasta en los mismos egidos de los pueblos. Abril con sus mañanitas templadas y sus tardes pastosas traía el espectáculo de los langosteros. Cuadrillas de hombres y mujeres que iban con sus escobas y sus lienzos a matar langostas al peso: a peseta la arroba. Y eran miles de arrobas las que se sumaban en una campaña.

Pero ni la matanza al peso, ni las zanjas, ni las vallas de zinc, ni la gasolina bastaban a evitar el castigo de este azote de Dios. Y un buen día cuando las mieses ya doraban y florecían los huertos y verdeaban pomposas las viñas en el aire hecho fuego se barruntaba un rumor inconfundible, se cernía la luz como amortiguada y el cielo entero como hirviendo en un remolino cobijaba la nube de la plaga que caía en las siembras y en los huertos y en las viñas y donde hubiera una alegría o un verdor y lo asolaba todo con sus dientes de sierra siniestros e insaciables.

Luego los pozos y las fuentes con las aguas negras y corrompidas como si en ellas se hubiese derramado un betún fétido y maléfico. Una tristeza de soledad por todos los campos y un clamor silencioso que iba hilando por todas las sendas el rastro de una desventura.

* * *

Aquella tarde la algarabía infantil agregó su bullicio a los clamores de la cuadrilla y a las voces de mando que daban los manijeros. En las mismas lindes de la dehesa se hacían esfuerzos desesperados por detener el avance de aquel cordón que se movía saltando a una como si estuviera disciplinado hacia las siembras cercanas.

De entre todos los hombres el que más trabajaba era Frasco, un mocetón fornido y moreno, atezado por los vientos y el sol. Era el único que no gritaba y extendía sólo la mano de cuando en cuando y señalaba un cuadrito de trigo «rubio» con las espigas frescas. Y una vez solo le oímos exclamar:

—¡Pobre pan, pobre pan!

Se puso el sol, dieron de mano los langosteros y vimos a Frasco meterse en aquel cuadrito de trigo cuyas espigas largas, todavía peladas de raspas, prometían una buena granazón. Unas cuadrilleras, mozas, entonaron camino adelante unos cantares. Y se les incorporó casi trotando Frasco, y con una voz áspera las recriminó.

—¿Tenéis valor? ¿Pero, tenéis valor?

A nosotros, como niños, nos extrañó esta intemperancia de Frasco. No hay sensación tan grande como la que comunica a los diez años el paisaje en una puesta de abril. Y olía el campo a polen, cantaban los grillos y era tibio y suave el aire que estremecía los sembrados. En el cielo se habían extendido unas franjas de color de púrpura. Las mozas reían y se disculpaban ante las increpaciones de Frasco. Y él repetía con un martilleo que se hacía cansado a fuerza de quejumbroso:

—Si fuá vuestro el trigo... ¡Pero mañana! ¡Pobre pan, pobre pan! Y el mejor que está de la hoja. ¡Pobre pan, pobre pan!

* * *

Cuando al día siguiente arribamos curiosos al tajo vimos a los langosteros parados. Frasco al borde del camino se cogía la cabeza entre las manos.

Y niños todavía comprendimos de golpe la tragedia mirando al cuadrito de trigo. Pronunciaban los langosteros una palabra: «esgalazo», y desde entonces se ahincó en nosotros su signi-

ficación. «Esgalazo» era ver las espigas cortadas y los tallos mundos como seres decapitados. Y la hoja toda rígida sin el balanceo de la mies ni el rumor oloroso de la fecundidad.

—¡Pobre pan, pobre pan!

Los manijeros le consolaban:

—Amos Frasco, ya la cosa no tie remedio.

—Es que era mi único recurso. El mejor trigo de toa la hoja. Veinte fanegas seguras y de golpe y porrazo ná. ¡Pobre pan, pobre pan!

Le vimos levantarse de repente con el rostro casi azul y luego caer de pronto con los labios torcidos y los ojos casi extraviados. Y al día siguiente vimos pasar un entierro y relatar a unas mujeres la desgracia de Frasco, «muerto del sofoco».

Desde entonces esa canción dulce y honda que cantaban las mozas por el camino cada vez que la oigo no me dice el sentido de sus amores y de sus celos, sino el trágico augurio de un dolor de la tierra, como si todavía lo interpretara Frasco desde la muerte repitiendo: ¡«Pobre pan, pobre pan»!

ANTONIO REYES HUERTAS.

LAS IDEAS

SABER LO QUE SE ES

A veces nacen una de esas ideas definitivas que completan un vacío, que traen de golpe una base a tantas aspiraciones e intuiciones vagas que estaban cojas en nuestra mente, y se aferra uno vorazmente a ellas con el descanso que nos produce la alegría de un programa que sea a la vez explicación y solución.

La idea fuerza, que diría Keyreslinz, de hoy es esa afirmación rotunda que suena como un gong: ha terminado el Renacimiento, entramos en un período de cultura medioeval.

Guardémonos pues, ya es el momento de pensarlo, de entusiasmar nos demasiado con la alegría del descubrimiento, que ya empezamos, por muchos sitios a la vez, a caer en el ingénuo deporte profético, estilo G. 4. Soells, que de cada síntoma que encontraba en el momento presente lo aislaba y fundaba sobre el torso el porvenir de la humanidad; pero qué pronto y qué lejos han quedado ya las visiones de «Cuando el dormido despierte» o «La máquina de explorar el tiempo». Ludovisi está en germen el Cristo de Mena, y en las minas de Palmira los iconos rusos. También entonces había confusiones y variedad, Treveris no contaba con Roma ni con Oriente, pero las tres fueron necesarias para formar el Romanico.

Raimond Radiguet, el gran novelista que murió a los diecinueve años, sufría al ver que lo llamaban prodigio, no quería ser más que joven: savios poster ses frutis; ¡pero es esto tan difícil siempre!

Hay que convencerse alegremente de nuestro momento, estamos en el expresionismo de todas las decadencias, en la cabeza de Maximino Tració, en la angustia de Constantino el grande, en el pánico de la cabeza de la Emperatriz Ariadna. Y las recopilaciones: enciclopedias, diccionarios, colecciones de clásicos, obras completas, historias y museos, todo eso son índices del miedo melancólico a perder una serie de valores adquiridos, toda una cultura que se acaba.

Nuestro destino es doble y noble; o ser aprendices que balbucean formas nuevas o ser recopiladores que recojan las obras, todas las obras pasadas.

San Isidoro y Cezaune. No olvidemos que tras una edad media ha de venir un renacimiento que necesitará y apetecerá todo lo utilizable de esa época magnífica (con perdón de Besdiaeff) que comprende toda nuestra

historia, desde que, allí en Italia, se tocaban las campanas al descubrirse una enterrada estatua de mármol, hasta hoy.

ALFONSO DE GAZTELU,

DESDE NUEVA YORK

Voluntariamente derrotados

El profesor Robert W. Shenan, uno de los miembros más activos y entusiastas de la acción social católica, en su Estado de Georgia, ha publicado un artículo relatando sus impresiones sobre la actuación de los católicos en la política española, que tuvo ocasión de conocer y observar en su reciente viaje a España. El artículo se titula «Voluntariamente derrotados», del cual, por su extensión, no copiaremos más que algunos párrafos.

«En todos los programas de política que ofrecen los grupos católicos, figura en primer lugar la palabra Dios o Religión. Todos los grupos las admiten sin discusión. Hasta aquí se entienden perfectamente, pero les sucede lo mismo que a los protestantes. Estos repiten a coro la primera palabra del Credo, pero a la segunda ya han nacido cien sectas distintas, cada una con su Luterillo rebelde o su Calvinillo fanático. Todos son protestantes; todos creen en Dios, pero todos, a partir de esta primera piedra común a todas las sectas, se atacan y combaten con más fiereza que si se tratara de infieles, o católicos. Esto mismo he observado en los grupos políticos de católicos. No hace mucho dejaron sus diferencias porque vieron que sobre ellos se acumulaba la más tremenda tempestad socialista que iba a despostrarlos de todo bien material y espiritual, y vencieron en las elecciones. ¿Que han hecho del triunfo? Hacerlo ineficaz para las próximas elecciones. Ni aun entre nuestros policastros he visto jamás un afán tan notorio de li-

derismo, de ser jefe de una variante política, de reunir un grupo de amigos que le quieran admitir como caudillo, y de ocupar el puesto número uno aun cuando no haya más que otro detrás. El primer lugar en los programas queda para Dios o la Religión, pero entonces empiezan los líderes y las confesiones de fe política. Hay muchas; todas se parecen; podrían simplificarse si fuera posible que se simplificaran las ambiciones personales y las desavenencias por querer colocar después de las palabras Dios o Religión, su propio punto de vista político y social o su silla de presidir un grupo. Esto me ha causado un profundo dolor, y muy poca satisfacción, porque muy cerca de esos grupos que están tan próximos y tan divididos se hallan los enemigos de Dios y de la Religión que ellos pretenden defender, y a cuya derrota de la vida pública, por un largo plazo, van a contribuir si continúan atacándose y oponiéndose unos a otros.

Yo no puedo juzgar de las especiales particularidades de todos y cada uno de los grupos católicos, pero sí todos profesan sinceramente la primera verdad de sus programas, ¿no es un deber sacrificar o ceder una parte de las demás afirmaciones, para conservar la fuerza actual contra las amenazas muy inmediatas de los enemigos de Dios y de la Iglesia?

Yo he deplorado con algunos católicos españoles esa ceguedad que los ha de conducir a una derrota que ellos con toda voluntad no han querido evitar; serán derrotados por su gusto. Esto será doloroso y acaso irreparable, pero es mi temor. No han pensado ahora que se han dividido por una diferencia secundaria en todo lo que perdieron, en todo lo que han sufrido y en lo que les espera si el enemigo penetra en sus filas. He sido testigo de la revolución socialista. Me hallaba en Zaragoza en aquellos días, y estoy

seguro de que si los católicos pierden, por querer perder, las próximas elecciones, toda España será Asturias, y entonces no quedará en pié nada para los que proclaman Dios y Religión.

Los católicos han de perder mas por su actitud contra ellos mismos, de lo que han perdido antes. La revolución cominante no les perdonará, y tanto han de ser atropellados y perseguidos que ni fuerzas han de quedarles para intentar una victoria. Yo me atrevería a decir que si, por divididos, pierden ahora lo que tanto ha costado, no serían muy merecedores de una segunda elección beneficiosa, porque las victorias han de ser merecidas y han de ser conservadas».

Cita las divisiones de las izquierdas y dice: «La división está también en el otro lado. Las izquierdas no son menos interesadas individualmente. Un político que era el preferido del jefe Lerroux le abandonó porque quiso ser más; ser segundo y esperar, era poco. Hoy algunos le siguen, pero no creo que tenga condiciones de jefe. Otros grupos padecen de la misma enfermedad: Ambición de mando.»

Y termina: «Pido a Dios que a los católicos de los Estados Unidos nos libre del *liderismo*, y que merezcamos nuestra victoria por el gran mérito de saber conservarla y mantenernos unidos e indivisibles, según la fórmula de nuestra solidaridad nacional».

A ver si por casualidad se equivoca el profesor Shenan.

MARCIAL ROSEIL.

New York, Febrero, 1935.

La campaña contra el cine inmoral

A las jóvenes de Acción Católica

Pasó la Semana grande, pasaron los días que nuestras santas y sanas creencias nos invitan a la meditación y nos encontramos de nuevo en el

mundo con sus pasiones desatadas, con sus liviandades, con sus frivolidades, y tenemos que aprestarnos a la lucha para vencer todas las dificultades, para sortear todos los lazos y zancadillas que Luzbel nos tiende a cada paso.

Individualmente no tenemos otro camino que la oración, un camino que seguimos las menos de las veces; hace falta que haya quien organice nuestros actos, nuestras oraciones, nuestras meditaciones, para todos unidos conseguir lo que individualmente no podemos lograr la mayoría de las veces por respetos humanos, por el qué dirán nuestras amistades, las personas que nos adulan, las personas que con sus consejos poco recomendables nos regalan el oído.

Había que organizar actos en colectividad, para que una muchedumbre, una masa, se hiciera fuerte en la unión y un grupo selecto de muchachas perdieran el respeto humano y se lanzaran a hacer campaña contra las liviandades del siglo; por eso las dirigentes de la Juventud Femenina de Acción Católica se reunieron, y siguiendo las normas de los Prelados organizaron la Semana contra el cine inmoral.

Han acudido a todos los actos que sus dirigentes han organizado, para formar una conciencia estrecha, no una conciencia meticulosa, una conciencia asustadiza, sino una conciencia firme, una conciencia para sin temor al «qué dirán mis amigas si no voy a ver la película A o B que dicen tiene reparos» saber discernir entre el bien y el mal, lo bueno y lo malo, y hacer propaganda de todo aquello que conduzca a nuestra tranquilidad espiritual y saber apartarse de aquellas películas que crean conciencias amplias, acabando con la indiferencia hacia el problema moral que, ayer como hoy, tenemos planteado.

J. ENCISO.



Perfecta elaboración de **VELAS PARA EL CULTO**

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

VINOS PUROS DE VID

PARA CONSAGRAR

elaborados conforme a lo resuelto por la Congregación del Santo Oficio

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

(Propietario-Cosechero)

MANZANARES (ESPAÑA)

Esta casa no exporta más vinos que los elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Autoridades eclesiásticas.



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

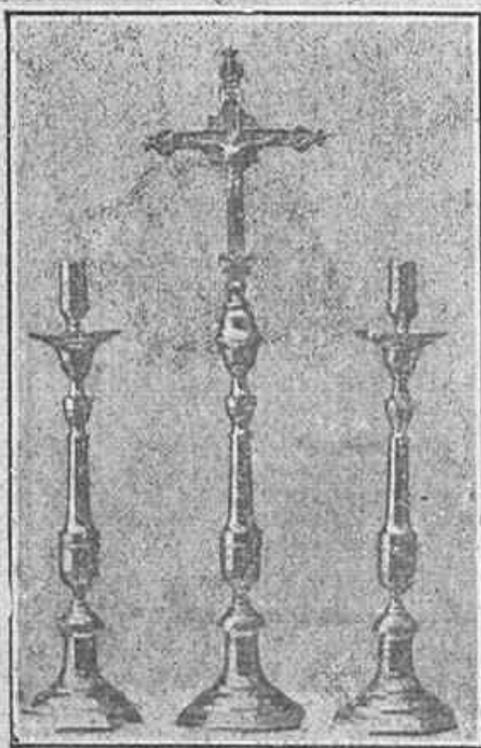
Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

— FUNDICIÓN DE BRONCE —

y objetos de metal



Pedro Osona Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases